

El primer Simposio nacional de prospectiva: el desafío del futuro

Entre el 17 y el 20 de mayo se ha celebrado en Barcelona el I Simposio Nacional de Prospectiva. Estaba originalmente organizado en 18 seminarios y de seis conferencias a cargo de personalidades notables en algún campo de la futurología, tanto nacionales como extranjeras. Excepto en el caso de André Gros, que justificó su forzada ausencia, el resto de las conferencias siguieron más o menos el plan trazado por los organizadores. Hubo un notable desfase entre la retórica «prospectiva» y la realidad investigadora de unos seminarios donde se hizo preciso clarificar previamente el contenido de «futurología», «prospectiva» y «previsión del futuro». Pero si las conferencias, algunas de una vacuidad plomiza, siguieron el plan previsto, los seminarios, por muy diversas razones, se saltaron a la torera las previsiones del Comité Ejecutivo. Para empezar, el seminario financiado por el muy representativo Club de Fútbol Barcelona, «La Olimpiada de 1984», no inició sus sesiones en la fecha fijada. Los cuatro participantes realizaron, empero, unas charlas en la sede del club. En el informe de base redactado por el director del seminario apenas se cuestionaban las razones de conveniencia de una Olimpiada futura. Se limitó a un minucioso recuento de las instalaciones con que cuenta Barcelona en la actualidad, haciendo un balance de las que se precisan para montar el gigantesco tinglado de una Olimpiada moderna. «La Banca en 1985» realizó una sola sesión, de las seis previstas, por el escaso interés que el tema había suscitado. Ni siquiera la Banca Catalana, que lo patrocinaba, puso mayores esfuerzos.

El caso de «La función social de las telecomunicaciones en la sociedad del futuro» merece un comentario aparte. Se encontraron diez personas y el director, nueve de ellas, empleadas directa o indirectamente en la Compañía Telefónica. El «bloque telefónico» consiguió hacer valer su presencia mayoritaria para etiquetar de inservible el «Método Barcino de análisis prospectivos», que se empleó en el Simposio, y derivar las discusiones hacia una crítica continua a los organizadores del congreso. Hubo, al parecer, razones personales en la base de esta actitud.

De las conferencias hay que destacar la pronunciada por Maurice Guernier, miembro del Club de Roma, quien anunció en este Simposio la publicación en el próximo septiembre del informe «Estrategia para sobrevivir», que puede ser considerado como la segunda parte, ampliada y corregida, de «Los límites del crecimiento». Este nuevo informe, realizado con la ayuda de una complejísima red de computadoras, ha costado a sus patrocinadores —el más importante de

los cuales es la empresa alemana Volkswagen— más de un millón de dólares USA.

Los asistentes y observadores del I Simposio Nacional de Prospectiva habrán, seguramente, caído en la cuenta de la extraordinaria madurez política de los españoles. Un congreso organizado bajo el fetiche del tecnocratismo apolítico, se transformó, merced a la perspicacia política de los participantes —personas todas ellas por encima de cualquier sospecha, ya que costaba 3.000 pesetas la inscripción—, en un continuo debate sobre la organización social del futuro deseable. Los del seminario «El futuro de la prensa» se dedicaron desde el principio a analizar la organización de la prensa en un futuro: elección de los directores, supresión de la Ley de Prensa e Imprenta, sociedades de redactores, participación de los lectores en los contenidos de las informaciones, etcétera. Fueron unos debates a la portuguesa, muy interesantes. Otro tanto ocurrió con «El desarrollo industrial en Cataluña en las próximas décadas», con cuestiones tan políticas como la entrada española en el Mercado Común—factor deseable—, la auténtica representatividad de los sindicatos del futuro, o la organización del espacio regional.

Hubo incluso participantes que llegaron a preguntarse por el papel de la mujer en «la futurología del "marketing"». Todos eran hombres, lo que hace suponer un tratamiento paternalista de la cuestión. «El futuro de las lenguas minoritarias» aparece oscuro si no se producen serios cambios ideológicos; de todas maneras —afirmaron los participantes en este seminario—, «existen hoy en Cataluña posibilidades de llevar adelante la publicación de un periódico y la creación de emisoras de radio y televisión en catalán».

El seminario más simpático fue, sin duda, el dedicado al «Futuro de los congresos en España», dominado por la figura de su director, Esteban Basols, que discutieron intensamente sobre si los hoteles para los congresistas del futuro deben tener cinco, cuatro o tres estrellas. No cabe duda de que el congresista es un turista «de calidad».

Nadie se preguntó en el Simposio: «¿Prospectiva, para quién?», y el resultado ha sido un congreso incoherente donde, al lado del estudio de la «Industria papelera en 1985» —estudio de la rentabilidad de las empresas del sector dentro de una década—, se han encontrado temas ahogados por el techo político de la España actual. Ha habido, en ciertas personas, mucho idealismo y demasiada ingenuidad. Grave error, porque ni el futuro va a ser galante, ni la ingenuidad servirá para nada. ■ JUAN ZAMORA TERRES.

La Capilla siXtina

LOS ENANOS

Desde que don Blas Piñar ha dicho públicamente que hay enanos infiltrados en la Administración, vivo sin vivir en mí. Nada más leerlo bajé a la farmacia de la esquina y exigí que se me midiera. No porque uno sea uno de esos enanos infiltrados en la Administración, sino porque la utilización de la palabra enano como insulto me recuerda a viejas utilidades, como la de la palabra judío. ¿Asistimos al nacimiento de un nuevo racismo basado en la estatura? ¿Qué tiene el señor Blas Piñar contra los cortos de talla?

El farmacéutico me aseguró que tengo una estatura que responde a la media del país.

—Póngamelo por escrito y tenga, enganche esta póliza de tres pesetas.

—Pero, ¿por qué?

—Quiero estar a cubierto. Así, en el futuro, cuando venga la Gestapo a buscarme, les contestaré: "¿Enano yo? Miren".

—Ah, si es para eso yo no me comprometo. Yo no firmo nada, y bien mirado, usted tira a bajito.

—¿Qué puedo hacer?

—Póngase unos zapatos de esos modernos, con tacones.

—Tampoco me ponen a cubierto de persecuciones raciales. Igual me toman entonces por marica, y el señor Blas Piñar también se manifestó en contra de la homosexualidad y de los drogadictos.

—Es su problema.

La cuestión es que no pego ojo. En mis sueños veo largas filas de enanos hacia el horno crematorio, y yo soy uno de ellos. Cuando llego ante el guardián del horno, le enseño un certificado.

—Va sin firma. No vale.

Y de un empujón me mete dentro del horno. No me consuela encontrarme allí con los más bajitos de la Administración, sometidos a un horno crematorio decisivo, no de los deliberantes.

He consultado el problema con Encarna. La hija de su madre ha mantenido una constante mueda de desdén en su privilegiado rostro.

—El árbol no le deja ver el bosque, don Sixto. Lo más importante de todo lo que ha dicho el señor Blas Piñar es eso de que la guerra civil no ha terminado. Lo de los enanos es el aderezo.

—En consecuencia, lo que debo conseguir es que termine la guerra civil, y así hasta los bajitos tendremos un lugar bajo el sol.

—Si usted lo dice.

—¿Y dónde se extienden certificados conforme a la guerra civil ha terminado?

—Eso es cosa suya. Pregúntele a algunos de sus amigos liberales.

Naturalmente, he recurrido a Marco Antonio Alfonso de los Arroyos. Se ha quedado perplejo ante mi demanda, y juntos hemos ido a un estanco por si tenían certificados impresos. No tenían. Marco Antonio ya estaba en este punto casi tan nervioso como yo, a pesar de su estatura de cabo gastador. Ha telefonado a un amigo suyo de la Administración. Ha colgado el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes, Sixto. La guerra civil acabará en el curso del presente Plan de Desarrollo.

—¿Seguro?

—Seguro. Mi amigo ocupa un alto cargo y además, para asegurarse, lo ha consultado con Pedro Rodríguez.

Algo más tranquilo si he quedado. Pero no del todo. De pronto, he temido lo peor.

—Oye, Marco Antonio, ese amigo tuyo de la Administración...

—¿Qué?

—¿Qué estatura tiene?

—Metro sesenta y cinco. O tal vez no llega.

¡Oh, cielos! ¡Un enano!

—Marco Antonio, no me fio. Las profecías desde esa estatura están cargadas de subjetivismo. ■

SIXTO CAMARA